

La sonrisa de la Gioconda¹ (o las trampas de la histeria)

“... Dora se aleja con la sonrisa de la Gioconda (...) En ese momento ella habrá logrado que todos reconozcan la verdad de la cual sin embargo, ella sabe que no es, por más verídica que sea, la verdad última...”² Con esta expresión Lacan va a transmitir el ocaso de ese tratamiento tan conocido por todos nosotros.

¿Y que se transmite? Modestamente creo que esta frase circunscribe una posición, un modo de sostener un vínculo –histórico- ofreciendo una sonrisa, guardando una verdad. Vínculo que más adelante en la obra de Lacan dio en llamar discurso. Tomando esa vía de la histeria como discurso es que surge este escrito, histeria como lazo social que funda el psicoanálisis.

Me permito servirme de esta obra de arte por varias razones, en primer lugar por mi pasión por el dibujo –pasión desaprovechada pero latente- donde el empeño por captar el gesto expresivo me ha seducido desde siempre. Entiendo cada dibujo o retrato como una entidad compuesta por la expresión, pero también por una estructura que brinda sostén y justifica el impulso creativo, es decir posee leyes internas que sostienen lo que se da a ver, pero sin embargo no aparecen a la mirada ingenua. Y por otro lado, por la fascinación que ella ha ejercido a lo largo de los siglos a quienes la miran, incluso a Leonardo; que la ha hecho dueña de la sonrisa más melancólica y misteriosa de la historia del hombre, como la ha definido más de un cronista.

Y es difícil hablar de la Gioconda por lo menos objetivamente dadas las características que posee: en ella se citan las particularidades de la pintura de Leonardo, como el *sfumato* que es la técnica que difumina suavemente los rasgos hasta hacer indefinibles los contornos, dando el efecto de que la sonrisa desaparezca si se la busca, si se la mira fijamente y reaparezca si la vista se fija en otras partes del rostro; es decir que aparece una expresión justamente al esfumarse, el juego de sombras potencia esta sensación de desconcierto, no se sabe si parece sonreír o es una sonrisa llena de amargura.

Esta pintura conocida también como La Mona Lisa es una obra de Leonardo Da Vinci y data del siglo XVI. Su nombre oficial es Gioconda porque era la esposa de Francesco del Giocondo aunque su nombre era Lisa. Esta obra ha tenido sus avatares: el genial artista trabajó en ella durante cuatro años, mientras lo pintaba se lo juzgó lo más alto que el arte podía alcanzar, pero es seguro que no satisfizo ni al propio Leonardo que en su afán de perfección nunca llegó a terminarla, nunca se lo entregó a quien se lo había encargado y siempre la llevó consigo en sus desplazamientos, incluso en su viaje a Francia, donde falleció y el cuadro queda como propiedad del Estado francés.

También Freud en su escrito sobre el artista va a hablar de esa sonrisa “leonardesca” que según él produce en quien la contempla la conmoción más intensa y la mayor perplejidad. El crítico Muther en su Historia de la pintura, dice: “*Cientos de poetas han escrito sobre esta mujer que ora nos sonríe, ora parece petrificarse en una ausencia sin alma y nadie ha desentrañado su sonrisa, nadie ha interpretado lo que ella piensa.*”³

A esta altura ya no estamos hablando de un retrato, sino de un sujeto representado en él, división subjetiva: allí donde está representado no es; allí donde es, no hay significante que lo diga. Parece que Mona Lisa da que hablar o por lo menos nos pone a trabajar. Sin embargo, y ahí el enigma que guarda, aparenta permanecer a la espera de alguien que diga su verdad.

¹ Trabajo presentado en Jornadas Internas Efla, diciembre 2008

² Jacques Lacan: “Intervención sobre la transferencia”, en *Escritos I*, Siglo XXI Ed., Buenos Aires, 2004, pág. 214

³ Sigmund Freud: “Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci” en *Obras completas*, Amorrortu Ed., Tomo 11, Buenos Aires, 1996.

Y a efectos de esclarecer enigmas, se han fabricado cientos de explicaciones de lo más variadas, según el momento histórico desde hace cuatro siglos. Últimamente se ha elaborado un software especializado en medición de emociones que fue aplicado a la pintura para obtener datos interesantísimos. El software trabaja sobre la base de tomar en cuenta rasgos como arrugas o curvatura de los labios y luego se compara con una base de datos de expresiones faciales femeninas. La conclusión fue que Mona Lisa está un 83% feliz, un 9% disgustada, un 6% temerosa y un 2% enfadada.

Como Dora a Freud, se me ocurre que si escuchara algo de esto nos ofrecería su mueca que parece decir: "No entendiste nada!!"

Freud arriesga a interpretar en ese rostro la figuración de los opuestos que gobiernan la vida amorosa de la mujer: ternura y sensualidad; reserva y seducción. Aunque afirma: "*Esa sonrisa demandaba interpretación y halló las más diversas, ninguna de ellas satisfactoria.*"⁴

¿Pero por qué sonríe Mona Lisa? ¿Qué sabe ella que nosotros desconocemos? Que es lo mismo que preguntar: ¿Qué maravilla halló Freud en la historia que lo hizo cambiar el rumbo de su vida? Freud hizo suya la interrogación que la histérica nos plantea: ¿Qué es una mujer? ¿Qué quiere? ¿Qué quiere el otro? (\$→S1)

Freud le dio la palabra a la histérica, otorgándole tanto valor que optó por abandonar sus conocimientos y a sus maestros para poder seguirla, entendiendo la relación del médico con la historia como análoga a la relación del creyente con el hereje: "capaz de todo lo malo, de engaños y simulaciones." Hubo de abandonar esta posición de la tradición médica, sus prejuicios, sus conocimientos médicos, es decir, todo su saber. Adopta otra posición y otra ética. "*Se trataba de averiguar por boca del paciente lo que uno no sabía y él mismo ignoraba*" dice en Estudios sobre la historia. Y esto requiere una escucha.

El descubrimiento freudiano consistió en desprender la verdad de la historia de su referencia tradicional ya sea médica o religiosa. Freud dio lugar a la historia como lazo social permitiendo la producción de un saber sobre esa verdad, verdad que se dice en el enigma de los síntomas y que hoy me permito jugar con "la sonrisa", como lo que se da a ver.

¿Cuál es la relación con el otro? Aquel al que se dirige su pregunta. A la espera de un significante que la defina, lo interpela y cuestiona a la vez transformando ese imposible estructural en pura impotencia, mostrando una y otra vez donde ese saber desfallece y no alcanza. La esperanza histérica es que su pregunta tenga al fin respuesta.

Lacan ya a la altura del seminario 5 sugería lo que después formaliza en discurso: "*¿Qué es el deseo de mi histérica? Es lo que le abre, yo no diría el universo pero sí todo un mundo que ya es bastante vasto, debido a lo que podemos llamar la dimensión de historia latente en cualquier ser humano en el mundo. Todo lo que puede presentarse como pregunta sobre su propio deseo, el indecible deseo... he aquí por qué la histérica se encuentra de entrada en comunicación con todo lo que pueda ocurrir como pregunta en otros...*"⁵

Y ya más adelante cuando formaliza los cuatro discursos, se lee: "*Esto es lo que significa el discurso de la histérica, industrial como es (...) así vemos que la histérica fabrica como puede un hombre, un hombre que está animado por el deseo de saber.*"⁶

De tal modo que historia no nombra una individualidad, no es aplicable a individuos seductores o intrigantes, sino que dice más sobre la transferencia que sobre la persona, define un vínculo, un lazo.

Ahora bien, Freud con su escucha produjo una diferencia en la que se constituyó el psicoanálisis mismo, no satisfizo esa demanda y la invitó a producir saber.

La histérica al ofrecer su síntoma al saber del otro se ofrece, esto se lee en el discurso; y este tipo de demanda posibilita la posición del analista. De ahí que la relación

⁴ Sigmund Freud: *Op.cit.*

⁵ Jacques Lacan, *El Seminario*, Libro V, Ed. Paidós, Buenos Aires, 2005, pág.475

⁶ Jacques Lacan, *El Seminario*, Libro XVII, Ed. Paidós, Buenos Aires, 2005, pág.34

histeria-psicoanálisis hay que pensarla históricamente y estructuralmente. Es decir, el amo (el médico tradicionalmente) coloca a la histeria en posición de objeto como deshecho, mientras que en el discurso del analista, es éste el que se coloca como objeto posibilitando un saber de la verdad.

Hasta acá todo parecería cerrar muy bien; sin embargo: ¿Dónde está la trampa?

Lacan nos advierte tempranamente la conveniencia de “reconocer que el analista está tan expuesto como cualquier otro a un prejuicio sobre el sexo; es decir, se encuentra proclive a caer en la trampa que la histérica le tiende.”⁷ Y –agrego yo- **se** tiende.

Por prejuicio sobre el sexo entiendo que podríamos pensarlo en el sentido de Freud, “como el hilo es para la aguja, la muchacha es para el muchacho”, es decir suponerle un objeto al deseo. ¿Qué quiere Dora? ¿Qué quiere la mujer? ¿Qué le falta? Cuando en verdad se trata de hacerse un lugar para desear.

La dificultad radicaré entonces en producir el pasaje donde se pretende objeto de amor al lugar del Otro donde podrá emerger el sujeto del inconciente, para evitar transformar el vínculo analítico en una tentativa de seducción camuflada...

Será entonces el “deseo del analista” que también es deseo de un deseo, el que tendrá en su horizonte la cura de la neurosis de transferencia, lo que traería aparejado que el sujeto deje de demandar a Otro un significante que venga al lugar del I, para que caiga la ilusión de que es el Otro el que puede aportarle un ser. Y por supuesto esto implica la caída de la transferencia, ya que tal es su destino en un fin de análisis.

Sin embargo, lo que la histeria nos enseña es sobre el deseo, sobre lo indecible de él y lo imposible de ser colmado. El discurso histérico denuncia una verdad que es inobjetable; sólo que confunde la impotencia de un padre-hombre con lo imposible estructural, haciendo de la insatisfacción que le conlleva su espera, un goce. Goce que debe permanecer ignorado para seguir siendo el lugar de un deseo que escape a la mirada...

Voy a concluir con una reflexión que de la Gioconda hace el escritor italiano Angelo Conti: “La dama sonreía en una calma regia: sus instintos de conquista, de ferocidad, toda la herencia de la especie, la voluntad de seducir y atrapar, la gracia del engaño... todo eso aparecía y desaparecía tras el velo de su sonrisa. Buena y malvada, graciosa y felina, cruel y compasiva... ella sonreía.”⁸

Marisa Pellejero
Diciembre 2008

⁷ Jacques Lacan, “Ideas directrices para un Congreso sobre sexualidad femenina”, en *Escritos II*, Siglo XXI Ed., Buenos Aires, 2004, pág. 709

⁸ Tomado por Freud en Op. Cit.